

CAPÍTULO XXXII

Estudios clásicos.

Al ver tanta grandeza **hasta** en sus primeros principios, ¿quién no **hubiera** dicho que la nueva literatura estaba para **lanzarse** en un camino propio, enteramente **distinto** del antiguo? No obstante, ha sucedido **todo lo contrario**, y el entusiasmo de la erudición **ha detenido** el vuelo del ejemplo moderno. **No** Dante, que sólo de nombre conoció la **mayor parte** de los clásicos, sino Petrarca y Boccaccio **habían** hecho grandes esfuerzos para resucitar **la literatura** antigua, y si bien ésta **perfeccionó** el gusto, hizo que Petrarca esperase gloria **de sus versos** latinos, y que Boccaccio **introdujera** aquellos períodos extraños á las lenguas **modernas**. Fué de los primeros que cultivaron **el griego**, lengua que despues fué difundida **por los** que huían de la cimitarra de los turcos. **Con** dificultad creo á Filelfo, que dice que el **vulgo** hablaba aún en Constantinopla la aurea **lengua** de Aristófanes y de Eurípides, y los **literatos** y las señoras, la de los historiadores y **oradores** (1); de seguro se había alterado **completamente** la pronunciación; él mismo halló en el **Peloponeso** un lenguaje «corrompido, que **no** **tenía** de aquella antigua Grecia;» y Coluccio **Salutati** dice (2) que se había traducido á **Plutarco** del griego

(1) Ep. del 1451.

(2) *Mehus*, p. 294.

antiguo al moderno. ¡Con cuánto provecho se hubiera podido, sin embargo, aplicar á la explicación de los clásicos una lengua que todavía vivía! Tanto más, cuanto que el clero, que no tomaba parte en el gobierno y en las guerras, como los señores feudales de Europa, podía ocupar sus ocios en las letras y en la enseñanza, y que la delicadeza de las cuestiones que se agitaban obligaba á cuidar escrupulosamente del lenguaje.

Pero ni del lenguaje ni de nada se cuidaron: á los autores profanos no les permitían atender á él las disputas de escuela, y acaso perecieron entónces los líricos dóricos y eolios por ser ininteligibles para los copistas: además, aquellos doctos cultivaban generalmente la literatura clásica como ciencia muerta; así es que no dió fruto hasta que pasó á Italia.

Nunca había faltado quien supiese el griego, aunque sólo fuese como lengua litúrgica, entre los monjes de San Basilio; despues se principió á estudiar con objeto determinado cuando se trató de reunir la Iglesia Oriental con la nuestra. El calabrés Barlaam, monje del monte Atos y gran partidario del cisma, que fué de embajador á Constantinopla, enseñó aquella lengua á Petrarca sin gran provecho. Leoncio Pilato, su compatriota y discípulo, fué hospedado en Florencia por Boccaccio, que le indujo



á traducir á Homero, trayendo de Oriente un ejemplar con grandes gastos, haciendo luégo que los florentinos fundasen para él la primera cátedra de aquella lengua. Con mejor fortuna enseñó allí y en otras partes Manuel Crisolara, que llegó á ser orador del emperador Manuel; despues llegaron allí una multitud de griegos á medida que su patria iba cayendo en poder de los musulmanes. Teodoro Gazza fué desde Tesalónica; luégo Jorge de Trevisonda, Juan Argiropulo, Demetrio Calcondila y Juan Lascari, de estirpe real. Como no llevaban otros bienes que el conocimiento de los clásicos, trataron de exagerar su importancia y declarar barbaro todo lo que no tuviese relacion con ellos, despreciando hasta el latin, por lo cual el siglo de las creaciones hizo lugar al de los retóricos y gramáticas.

Más notables eran los hombres que asistieron al concilio de Florencia, donde se pusieron á discusión importantes cuestiones platónicas, y Bessarion, nombrado cardenal, se estableció en Italia, acogió á los griegos recién llegados, y reanimó la afición á Platon, el cual fué explicado en Florencia por Jorge Gemistio Pleton, y estudiado por una academia. El camaldulense Ambrosio encontró en Mántua, á principios del año 1400, niños y niñas que sabían el griego, y la hija del marqués, de edad de ocho años, conocía la gramática de esta lengua (1). La primera cátedra de literatura latina fué desempeñada (1397) por Juan de Rávena, discípulo de Petrarca.

Quando se hubo refinado el gusto, nuestros literatos le emplearon ya en buscar autores perdidos, ya en imitarlos; puede por tanto decirse que en Italia y por los italianos fueron descubiertos todos los clásicos. Petrarca encontró en Arezzo todos los de las Instituciones de Quintiliano, algunas oraciones de Ciceron, las tres primeras décadas de Tito Livio, y anduvo buscando las otras, temiendo no estuviesen perdidas con Virgilio por inercia de los hombres; recordaba que siendo pequeño había visto los libros *De las cosas humanas y divinas*, de Varron, y cartas y epigramas de Augusto, escritos que nos

(1) *In Odepor.*

son desconocidos. Nada pedía á sus amigos con más insistencia que alguna obra de Ciceron, y con objeto de encontrarlas enviaba súplicas y dinero á Italia, Alemania, Grecia y hasta á España y á Bretaña. ¡Cuál sería su alegría cuando en Lieja, ciudad enteramente dedicada al comercio, encontró dos oraciones de aquél, y en Verona sus cartas familiares! Despues Crotto le envió desde Bérgamo las *Tusculanas*; Raimundo Soranzo el tratado *De gloria* que prestó á Convenevole, y que no volvió á poseer ni él ni la posteridad: Nicolas Sigeros le mandó desde Constantinopla un Homero en griego. Boccaccio se arrastraba por los suelos de los conventos buscando libros, y por economía ó por gusto los copiaba de su puño. «Me contó mi venerable maestro Boccaccio de Certaldo (dice Benvenuto de Imola) que fué al noble monasterio de Monte Casino, y deseoso de ver los libros, que había oido decir eran muy escogidos, rogó á un monje que le abriese la biblioteca. Éste le respondió con sequedad, enseñándole una escalera: *Subid, que está abierto*. Subió lleno de alegría y encontró el lugar que contenía tal tesoro sin puerta ni llave, y habiendo entrado, vió que nacía la hierba en las ventanas, y los libros y los estantes enteramente cubiertos de polvo. Admirado de aquel espectáculo, principió á abrir, ya este libro, ya aquél, y encontró muchos volúmenes antiguos y raros, á algunos de los cuales les habían arrancado cuadernos, otros tenían recortadas las márgenes, y otros estaban estropeados de distintas maneras. Entristecido de que las fatigas y los estudios de esclarecidos ingenios hubiesen ido á parar á manos de gente tan ignorante, salió de allí con los ojos arrasados de lágrimas. Y encontrándose á un monje en el claustro, le preguntó por qué libros tan preciosos estaban tan indignamente mutilados, á lo que le respondió que algunos monjes, para ganar dos ó cuatro sueldos, arrancaban un cuaderno y hacían de él libritos para vendérselos á los niños, y con las tiras del margen hacían relicarios, que vendían á las mujeres. Ahora vé, hombre estudioso, y rómpele la cabeza para hacer libros» (1).

(1) Comentario al canto XXII del *Paraiso*.



Poggio Bracciolini de Florencia, que asistió al concilio de Constanza, encontró muchos libros en el monasterio de San Gal, «en una especie de carbonera oscura y húmeda, donde se hubiera tenido reparo en arrojar á un condenado á muerte;» entre ellos ocho oraciones de Ciceron, las Instituciones de Quintiliano, Columella, parte de Lucrecio, tres libros de Valerio Flaco, Silio Itálico, Amiano Marcelino, Tertuliano y otros que no se han vuelto á ver, y dió el medio de descubrir en Alemania doce comedias de Plauto (1). Despues Gasparino Barziza encontró el *Orador* de Ciceron; no se sabe quién las cartas á Ático; Gerardo Landriano, en Lodi, los libros de la *Invenzion* y los dirigidos á Erennio; en Paris se adquirieron las cartas de Plinio el Joven; en Alemania las églogas de Calpurnio y Nemesiano; Tomas Inghirami de Volterra descubrió en Fobbio el viaje de Rutilio Namaciano.

Un códice era tenido en grande aprecio, y una biblioteca como una cosa suntuosa: Melchiorre, librero de Milan, pedia diez ducados de oro por una copia de las cartas familiares de Ciceron; ciento veinte pagó Antonio Panormita por una de Tito Livio, con cuyo objeto vendió una casa de campo; Tomas de Sarzana, que luégo fué papa, las compraba á crédito y pedia prestado para pagar copiantes y miniadores; Petrarca se quejaba de que en todo Aviñon no se encontrase un Plinio. Escogida debia ser la biblioteca de éste, que la cedió con escaso provecho á la república veneciana; á la biblioteca de San Marcos sirvieron de principio los libros que el cardenal Bessarion dejó á Venecia, «ciudad regida por la justicia, donde reinan las leyes, la sabiduría y la probidad, gobiernan y habitan las virtudes, la dignidad y la buena fe.» Cosme de Médicis al emigrar á esta ciudad, dejó la suya al convento de San Jorge; despues en Florencia fundó con su librería privada la biblioteca Lorenzana. El florentino Nicolas Nicoli competia con él, segun su fortuna, en reunir libros, y tenía ochocientos volúmenes entre griegos, latinos y orientales, copiándolos él mismo, arreglando y corrigiendo los textos

(1) *Stepherd, Vida de Poggio (en ingl.)*

maltratados por los amanuenses, por lo cual le llamaron padre de la crítica; dejó aquellos libros para uso del público, y fueron colocados de nuevo en el convento de dominicos de San Marcos, cuya biblioteca fué el modelo de las sucesivas. Lastimándose Coluccio Salutato de la destruccion de los códices, propuso que se formasen bibliotecas públicas, dirigidas por doctos que discerniesen las mejores lecturas, é hizo que Roberto de Nápoles adquiriese una. Otros señores siguieron su ejemplo, y se hace mencion de un tal Andres de Ochis, natural de Brescia, que hubiera vendido sus bienes, su casa, su mujer y aun á sí mismo, para añadir nuevos libros á los muchos que poseía. El siciliano Juan Aurispa, secretario que fué de Eugenio IV; Juan Malpaghino de Ravenna, el escritor más correcto despues de Petrarca; Guarino de Verona, que tuvo escuela en muchas partes, y comentó los autores antiguos é hizo muchas traducciones poco felices del griego, fueron gramáticos de fama. El diccionario bibliográfico (*De originibus rerum*) de Guillermo de Pastrengo, verones, amigo de Petrarca y embajador del papa, supone inmensa lectura, aunque es inexacto, particularmente en el apéndice sobre los fundadores de ciudades é inventores de las cosas.

Ambrosio de los Angeles Traversari, general de los Camaldulenses, amigo de Eugenio IV y su legado en Basilea, tradujo mucho del griego y escribió sus propios viajes (*Hodeporicon*). Francisco Bárbaro obtuvo cargos elevados en Venecia y embajadas á los grandes personajes; gobernaba á Brescia cuando fué sitiada por Piccinino, y no obstante tenía tiempo para dedicarse á las letras y para sostener correspondencia con los hombres más grandes de su tiempo. Ermolao Bárbaro hizo una edición de Plinio, corrigiendo en ella cinco mil errores: pero cuántos dejó todavía! Gasparino Barzizia, natural de Bergamo, llamado por Felipe María Visconti para que enseñase, tuvo de Ciceron la perfeccion y un lenguaje siempre culto, períodos rotundos y buena disposicion de palabras.

Tuvo por discípulo á Francisco Fidelfo de Tolentino, uno de los más célebres y atrabilarios de su época. Siendo secretario del baillío



veneciano en Constantinopla, se casó con una hija de Juan Crisolara; no había cumplido los veinte años, cuando fué llamado para que enseñase elocuencia en Pádua y luégo en Bolognia, Milan, Florencia y Pavía; Manuel y Juan Paleólogo le nombraron embajador en las cortes cerca de Amurat II y del emperador Sigismundo.

Escribió treinta y siete libros de cartas, sátiras y otras obras, con las cuales y con su presuncion se creó enemigos implacables. Tomó parte tambien en las sectas políticas, y mientras otros aceptaban los favores de los Médicis, él los combatió hasta el punto de pagar asesinos para que matasen á Cosme, como se habían pagado tambien para matarle á él. Se fué luégo con Francisco Esforcia; pero como no pudiese avenirse con él, recibió en Roma algunos favores de Nicolas V, y despues en Nápoles fué nombrado por el rey Alfonso, caballero y poeta. Cuando Pio II le dejó de pagar la pension que le había señalado, blasfemó del papa y del papado, llegando hasta intentar marcharse con Mahomet II, que conmovido con una oda suya, había dejado en libertad á su suegra y á dos hijas que estaban presas en Constantinopla. En medio de tantos honores y pensiones no dejaba de lamentarse, é iba de un príncipe á otro, inquieto, insaciable, dedicando obras á unos y á otros, instando con cartas que le diesen dinero, injuriando á los que se negaban ó tardaban en dárselo, y asegurando que no puede haber en esta época otro Fidelfo, y ya sabeis que en esta época nadie puede compararse conmigo en mi arte.

Fueron famosas las disputas habidas entre Poggio Bracciolini y Lorenzo Valla. El primero fué secretario del papa por espacio de medio siglo con un corto sueldo; despues escribió la historia de Florencia, un libro de bufonadas lleno de asquerosas obscenidades y tratados morales más bien que políticos sobre la nobleza, sobre las desgracias de los príncipes y la inconstancia de la fortuna siendo escritor robusto y juicioso. Criticado por Valla en cinco sátiras, le lanzó los más grandes insultos que puede decir un hombre, y Valla le replicó en verso dirigiendo sus antidotos (lo cual es muy ex-

traño) á Nicolas V, que no calmó la ruda contienda. Tambien tuvo furiosas disputas con otros gramáticos de entónces, dando con esto un triste ejemplo de aquéllas, cuyo repugnante espectáculo renuevan á cada instante los mesnaderos de la literatura.

Con ménos talento que su competidor, pero con más erudicion gramatical, Valla suscitó dudas muy extrañas en aquel tiempo: declaró falsa la donacion de Constantino y la carta que Cristo dirigió al rey Abgar; que los apóstoles no habían compuesto cada uno un artículo del símbolo; puso en el Nuevo Testamento notas bastante severas contra la Vulgata, fundando sus explicaciones en la lengua original. Lanzaba disticos y sarcasmos contra los cardenales y los grandes que tardaban en hacerle un favor, y contra la ambicion de la corte romana, de modo que creyó necesario salir de Roma y refugiarse en Nápoles, donde abrió una escuela de elocuencia. Pero habiendo vuelto á llamarle Nicolas V, le dió en persona cincuenta escudos de oro por haber traducido á Tucídides, y el título de canónigo y escritor apostólico. Su tratado de *Bellezas de la lengua latina*, que fué reimpresso, traducido, compendiado, comentado y hasta puesto en verso, contiene reflexiones acerca del modo de escribir, y buenas reglas respecto de la sintáxis, de las inflexiones y principalmente de la sinonimia. En la práctica demostró que sabía mejor el significado de las palabras que colocarlas en buen estilo, y por un exceso de pureza rechazó frases, cuya perfecta construccion no podia rechazarse. Escribió tambien cuatro libros de invectivas contra Bartolomé Fazio, el cual le contestó con otros tantos.

Nada diré de Pedro Pablo Vergerio de Capodistria, historiador de los Carraresi y maestro de Lionel de Este; de Carlos Marsupini de Arezzo, secretario de la república florentina, ni de Antonio Panormita, poeta coronado por el emperador Sigismundo, el cual dedicó á Cosme el *Hermaphroditus*, una coleccion de epigramas extremadamente obscenos, rechazados por los monjes y buscados por los curiosos. Perotti, obispo de Siponto (*Corruccopia, sive lingue lati-*



nae commentarii), explicó muchas voces latinas, para lo cual estudió las obras de Marcial. Cristóbal Landino, secretario del gobierno de Florencia, escribió poesías y tratados de filosofía, tradujo á Plinio, la *Sforziada* de Juan Simonetta á Virgilio y Horacio. Hizo á Dante largos comentarios, sacados acaso de las lecciones que daba públicamente, y en los cuales, además del sentido material, buscaba otro oculto y moral. Á imitación de Platon y de Tulio, escribió las *Disquisitiones camaldulenses*, ó diálogos con ilustres personajes, atrayendo hácia la virtud sus demasiadas sutilezas teóricas, aunque no evitó los delirios platónicos. Usaron también el diálogo Valla para defender las doctrinas de Epicuro, Bárbaro, Platina, Palmieri, Alberti, Pontano y Mateo Bosso; Pablo Cortese, al imitar el *De claris oratoribus*, caracterizó muy bien á los doctos de su tiempo.

Más célebre es Ángel de Monte Pulciano. Recibido siendo joven en casa de Lorenzo de Médicis, que comprendió su ingenio, era profesor de elocuencia griega y latina á los veintinueve años; sabía el hebreo, y es tenido por uno de los que sacaron de su abatimiento á la poesía italiana, volviéndole su antigua elegancia y recibiendo de sus émulo honores é insultos de todas clases. Sus *Misceláneas*, que eran una colección de cien reglas de gramática, de alusiones y de costumbres sacadas de los autores latinos, eran reputadas como una obra maestra, siendo una gloria el ser mencionado en ellas y una injuria el haber quedado olvidado. Trata aquellos asuntos con sólida y amena variedad, bien rara por cierto en los eruditos, y con mayor pureza que los precedentes; sintiendo vivamente las bellezas romanas, describiendo con perfección y sirviéndose con gran tacto de los clásicos, que son supérfluos en las descripciones, usan con exceso los diminutivos, y faltan continuamente á la propiedad (1).

(1) Despreciando con toda su alma á los bárbaros, los invita á admirar las bellezas y las buenas cualidades de los italianos, demostrando que conoce en qué consiste el mérito, y áun cuál era el verdadero mérito de los italianos: «Admirentur nos sagaces in inquirendo, circumspectos in explorando, subtiles in contemplo, in iudicando graves, implicitos in vincendo,

Otros también escribieron en versos latinos, entre ellos Juan Bautista el Mantuano, á quien se honró erigiéndole una estatua junto á la de Virgilio, al cual Erasmo no le creía inferior. ¿Quién se acuerda hoy de él? Maffeo Vegio tuvo la osadía de escribir el libro XIII de la *Eneida*. Vale más que los anteriores Joviano Pontano, presidente de la academia de Nápoles, que fué la más célebre cuando cayeron las de Roma y Florencia.

Ocupábanse en comentar los escritores antiguos para formar con ellos lecciones útiles, facilitar su conocimiento y ayudar á escribir con corrección. Entónces se tradujeron muchísimos autores griegos, y para facilitar la inteligencia de los textos reapareció la historia, la mitología y las antigüedades. Aquellos comentarios abundaban en frivolidades, ridiculeces é interpretaciones falsas, porque no se conocía bastante la fuerza de las palabras, y áun se ignoraba muchas veces su significado; pero careciendo de diccionarios y gramáticas, tenían que dejar á un lado la jerga de la edad media, y examinar qué había y qué no había en los clásicos, cuyos textos escaseaban todavía; tenían, en suma, que adivinar la lengua, explicar un autor por otro, é ir en busca del oro á riesgo de perecer en la mina. Nosotros, ricos ya con sus afanosos desvelos, los tratamos con ingrato desprecio, y tenemos la gloria de poseer aquello que no queremos concederles, la gloria de haberlo conquistado.

Sus encarnizadas disputas fijaron la filolo-

faciles in enodando. Admirentur in nobis brevitatem styli foetan rerum multarum atque magnorum, sub expositis verbis remotissimas sententias, plenas quaestionem, plenas solutionum; quam apti sumus, quam bene instructi ambiguitatis tollere scrupulos diluere, involuta evolvere flexanimis syllogismis, et infirmare falsa, et vera confirmare. Viximus celebres, o Hermolae, et posthac vivemus, non in scholis grammaticorum et paedagogiis, sed in philosophorum coronis, in conventibus sapientum, ubi non de matee Andromaches, non de Niobes filiis, atque in genus levibus nugis, sed de humanarum divinarumque rerum rationibus agitur et disputatur. In quibus meditandis, inquirendis et enonandis, ita subtiles, acuti acresque fuimus, ut anxii quandoque nimium et morosi fuisset forte videamur, si modo esse morosus quispiam aut curiosus nimio plus in indaganda veritate potest.» *Poet. lit.*, Epist., lib. IX.



gía, porque tenían obligación de dar cuenta de todas las frases y palabras. Después vinieron los diccionarios que sirvieron de mucho: Ugucione, obispo de Ferrara, compuso uno á imitación del de Papia: Buoncompagno, escribió acerca de la disposición ingeniosa y natural de un diccionario: el *Catolicon* de Juan de Génova, que forma un grueso volumen, impreso por Guttenberg en 1460, y comprende gramática y diccionario, es poco conocido, y sin embargo, superó mucho más de lo que podía esperarse; cita en él gran número de clásicos latinos, conoce el griego (1), y del mismo modo que Papia y otros lexicógrafos, no excluye á los Santos Padres, cuya inteligencia formaba gran parte de los estudios de entónces. El primer diccionario griego parece ser el de Creston, natural de Plasencia (2), después el *Etimológico* de Marcos Musuro (3), luego los de Roberto Constantino, de Scápula y de Enrique Stefano.

También fueron honrados aquellos filólogos con el encargo de educar los hijos de los príncipes, no habiendo uno solo que no estuviese á su cuidado. Fué célebre entre ellos Vitorino de Feltre, que educó á los hijos de Francisco Gonzaga de Mantua. Era un padre cariñoso á la vez que hábil maestro, y á él acudían desde Francia, Alemania y Grecia, seguros de encontrar todos los medios de instruirse en las ciencias y en las bellas artes, porque se había rodeado de maestros de todos los bellos ramos del saber. Hacia que sus discípulos explicasen exactamente sus lecciones, para llegar á obtener una literatura correcta. Nada publicó, y lo que es muy extraño entre aquellos doctos iracundos es no hallar uno que hablase mal de él. Francisco Prendilaqua, su discípulo, escribió su vida en estilo elegante, consiguiendo el hermoso resultado de hacer amar á su héroe.

Es extraño que los príncipes futuros gobernantes de los pueblos, se hallasen al cuidado

(1) «Mihí non bene scienti linguam græcam,» no quiere decir que la ignore, como supone Eichhorn.

(2) *Johannis Crestoni monaci placentini, lexicon seu vocabularium græcum cum interpretatione latina*, 1580.

(3) *Marci Musiri Etimologikónmégz, seu Dictionarium magnum etimologicum, græce cum præfatione græca*. Venecia, 1449.

de gente ignorante de la ciencia de gobierno, y capaz únicamente de educar á un sacerdote ó á un abogado. Pero aquella costumbre se perpetuó, y mientras los antiguos enseñaban en sus escuelas la historia y las ideas de la propia nación, y el estudiar las extranjeras fué capricho ó erudición de unos pocos, en las modernas, por el contrario, se educaron los hijos en distinta lengua que la de los padres, con leyes y sociedades diferentes de la suya; así que los sentimientos de la sociedad estaban en discordancia con los de la escuela.

Con el estudio de las lenguas antiguas se pulieron las nuevas, pero tal vez se desnaturalizaron; el gusto se refinó, pero la imitación ahogó la originalidad; se pensó más en conocer la vieja civilización que en perfeccionar la moderna, y las imágenes, los pensamientos y las leyes poéticas de aquellos eruditos eran los de otro tiempo; no había una chispa de genio ni un verdadero arranque de elocuencia para llorar las desventuras de entónces y ensalzar dignamente la nueva civilización, y ocurrió un mal peor que el literario, es decir, se aprendió á separar el sentimiento de la palabra, la literatura de la acción, el estilo del pensamiento; aquellos gramáticos llamados para los cargos de la magistratura y de secretarios, eran (excepto algunos como Salutati y Piccolomini) ineptos para todo lo que no fuese pronunciar discursos de defensa, en los cuales no se ceñían á decir las cosas más importantes, sino que se fijaban en lo que mejor se podía expresar en latin; preferían las córtés á las repúblicas regidas por simples magistrados, deseosos del bien público, porque en aquéllas podían obtener protección y pronunciar discursos; juzgaban al mundo, no por lo que era en sí, sino por su exterior, y á los autores, más por su estilo que por sus ideas; ocultaban la tiranía con bellas frases, disculpaban la injusticia, y acostumbraban á decir adulaciones que cualquiera hubiera tenido rubor en expresar en la misma lengua que hablaba con sus amigos. En los funerales de los príncipes, además de adular y mentir, no evitaban las chanzas en la narración ni trataban de nada que recordase que hablaban ante los altares.